

David Hernández de la Fuente

Breve historia de Bizancio



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Primera edición: 2014
Cuarta reimpresión, corregida y revisada: 2023

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Ilustración de cubierta: Maximiano (mosaico, basílica de San Vitale, Rávena)
© Bridgeman Art Library / Index
Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© David Hernández de la Fuente, 2014
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2014, 2023
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es



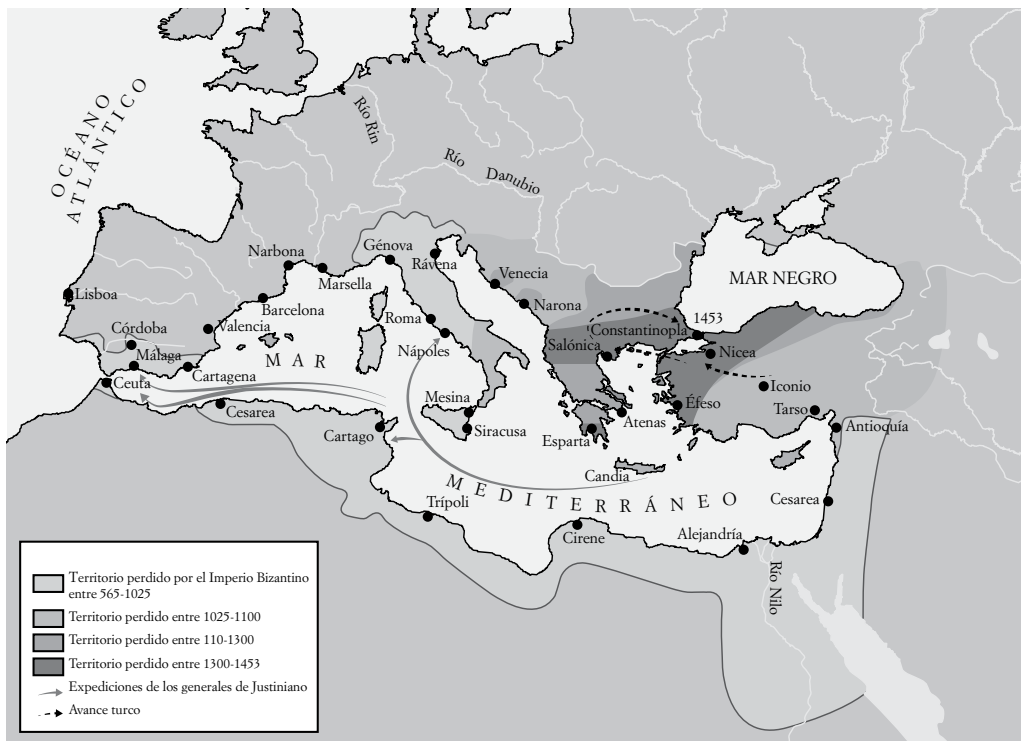
ISBN: 978-84-206-8334-8
Depósito legal: M-31.014-2013
Composición: Grupo Anaya
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

11	Introducción: La Nueva Roma
18	1. La época de Constantino y sus sucesores
38	2. La época teodosiana. Política y cultura en la gé- nesis del Imperio de Oriente
74	3. La época de Justiniano y la restauración imperial
104	4. Crisis y continuidad: hacia un Imperio griego
142	5. La época iconoclasta
164	6. La época macedónica y el primer renacimiento bizantino
195	7. La época de los Comneno y los conflictos con Occidente
232	8. La fragmentación del Imperio
256	9. La época de los Paleólogo y el final del Imperio
289	A modo de epílogo: <i>Eis ten Polin</i> ('hacia la ciudad')
297	Cronología de los emperadores bizantinos
303	Bibliografía
313	Índice de mapas
315	Índice onomástico

Para Alicia



Mapa 1. El Imperio Bizantino

Introducción: La Nueva Roma

En el principio fue la gran capital, el estratégico emplazamiento del Bósforo, a caballo entre Asia y Europa en el estrecho que controla el paso al mar Negro. Este lugar había sido poblado ya desde antiguo. Según la leyenda y la historia de las colonizaciones griegas, su fundador fue Bizante, hijo del rey de Megara e identificado a veces con un hijo legendario del dios de los mares, Poseidón. Zarpó desde la metrópolis megarense para fundar una colonia siguiendo un oráculo délfico que le instaba a levantar la ciudad frente al «país de los ciegos». El ambiguo vaticinio de Apolo no era ajeno a los enigmas de la tradición oracular, pero sorprendió sobremanera a aquel héroe fundador. Solo cuando Bizante pasó navegando a lo largo del Bósforo, frente a la ciudad de Calcedonia, reparó en lo que quería decir aquella misteriosa expresión, al darse cuenta de que los habitantes de Calcedonia –ciudad, por cierto, de larga trayectoria en la posteridad bi-

zantina— habían establecido allí su emplazamiento sin que hubieran sabido ver el excelente lugar que había justamente al otro lado del estrecho, en la orilla europea. Allí se podía construir un puerto prácticamente inexpugnable, un invencible bastión capaz de enseñorearse sin rival alguno del paso de uno de los estrechos más importantes del mundo antiguo. Así que fue en aquel lugar donde decidió fundar en 667 a. C. la prodigiosa ciudad epónima que, ya desde el mito y la leyenda, ha nacido y renacido sin cesar a lo largo de las épocas.

Mil años después, y con una visión de futuro solo comparable a la de Alejandro Magno cuando fundó Alejandría o a la de la Peter Minuit cuando compró el emplazamiento de la futura Nueva York, Constantino eligió aquel mismo lugar clave para el control del Imperio oriental, de las ricas rutas asiáticas, del mar Negro y de la Hélade. Allí se dispuso a reedificar en 324 su nueva capital, que sería el punto de referencia para los pueblos y territorios que en adelante habría de controlar. El movimiento estratégico que significó el desplazamiento del poder imperial hacia Oriente quedaba así señalado mediante la elección de aquel privilegiado enclave que servía como encrucijada de mares, tierras y caminos. Ya en el siglo II a. C. el historiador griego Polibio de Megalópolis, al tratar acerca del surgimiento del poder de Roma, había advertido de la importancia de este lugar para ejercer el dominio de un imperio universal. La espesa red de calzadas del Oriente romano entre el Ponto, Asia y Occidente la atravesaban como un punto neurálgico de comunicaciones y comercio, con especial mención de la célebre Vía Egnatia, construida *c.* 140 a. C. como arteria

del Oriente griego, que llevaba desde Dyrrachium (Durazzo) hasta Bizancio, pasando por Salónica. En todo caso, con aquel acto fundacional, o más bien refundacional, estaba naciendo una perdurable civilización hija de Grecia y Roma, de lengua griega, derecho y administración romanos y religión cristiana. La vieja Bizancio, renovada desde entonces por la savia de nuevos pueblos, nuevas ideas y nuevas corrientes creativas, habría de protagonizar un milenio de historia, literatura, lengua, arte y cultura hasta el final de su etapa como guardiana de la tradición imperial romana con su caída en manos de los turcos otomanos en 1453. La ciudad cambiaba entonces de dueños, y paulatinamente de nombre, y aun prolongaría la fascinación cultural que seguiría ejerciendo como capital de la Sublime Puerta, del Imperio Otomano.

El Imperio Romano de Oriente –pues sus habitantes nunca se tuvieron por otra cosa que por romanos de Oriente– es hoy designado con el epíteto de Imperio Bizantino o Bizancio, en una denominación de los estudiosos posteriores que hace referencia al arcaizante origen de la *Bizantion* griega y que ha tenido fortuna por ser una cómoda etiqueta científica para la bizantinística. Huelga decir que esta fue la parte del Imperio Romano que no pereció en la crisis política del siglo V, con la deposición en 476 del último emperador de Occidente. Antes al contrario, esta *pars orientalis* significaba la pervivencia, durante mil años todavía, del nombre y del título de emperador de los romanos, que se extinguió dignamente con la muerte de Constantino XI Paleólogo, el último gobernante al que honró tal distinción. Ha querido el azar que este vibrante milenio de historia bizantina

transcurra entre dos siglos, dos ciudades y sus dos caídas: la de la antigua Roma, en pleno siglo V, y la de Constantinopla, la llamada Nueva Roma, en el XV, en un proceso histórico rico y pleno de acontecimientos, y con un legado cultural, el de los estudios bizantinos, que sirve de enlace no solo entre la edad antigua y la medieval y moderna, sino entre Oriente y Occidente, el mundo griego y el latino, la cultura griega clásica y la griega moderna. Pero Bizancio no se acaba ahí, sino que del estudio de su historia, siquiera en un conciso panorama como el presente, se desprende un complejo entramado de relaciones culturales, de lazos políticos y corrientes espirituales, entre el mundo tardoantiguo, heredero de la civilización grecolatina, y el mundo cristiano oriental (siríaco, copto o armenio), germánico, judío, islámico, eslavo, etc. (véanse, entre las muchas obras introductorias y de carácter general, Vasiliev 1946, Kazhdan 1991, Treadgold 1997, Bravo 1997 o Stephenson ed. 2010).

A este milenio de historia y cultura dedicaremos estas páginas, que pretenden ser una visión general, amena pero rigurosa, de los sucesos políticos y militares, los procesos sociales y económicos y las corrientes culturales y de pensamiento que se desarrollaron a lo largo de la persistente civilización bizantina. Conforman estos aspectos una unidad estatal y cultural diferenciada que ha desempeñado un papel crucial en la historia de la civilización occidental. Se hará especial énfasis en los aspectos de la historia de las mentalidades y la historia de la cultura que mejor permitan comprender la idiosincrasia del Imperio Romano de Oriente con su especificidad sociopolítica, espiritual y creativa.

Desde sus primeros siglos, cuando se produce la refundación constantiniana de «la ciudad» (*he polis*), de tan larga trayectoria anterior y tan indeleble huella histórica en la posteridad, se verá con detalle el momento clave de la génesis de la civilización bizantina incardinada en la historia del Bajo Imperio, durante la pugna definitiva entre cristianismo y paganismo, y el apoyo progresivo a aquel por parte de las altas instancias políticas del Estado romano. Esta época de cambio, que integra el elemento cristiano en la sociedad y la política tardorromanas, se caracteriza por un cambio notable en la subjetividad, una nueva estética y un nuevo idioma de la propaganda política y de la retórica del poder que se concreta en tres figuras fundamentales, Constantino, Teodosio y Justiniano. A los primeros tres siglos del Imperio de Oriente se dedicará, así, una atención detallada en los tres primeros capítulos, que se detienen especialmente en aspectos culturales, teóricos e ideológicos indispensables para comprender la futura especificidad del mundo bizantino.

Los dos siguientes capítulos consignan el proceso de transición política y espiritual que experimenta el Imperio durante los siglos VII y VIII, marcados por el nacimiento de una ideología estatal de cuño helénico en un mundo cambiante. Como se ve en el reinado de Heraclio, se despojaba el protocolo, y quizá también el imaginario colectivo, de ciertas apariencias de latinidad que cedían el paso a una nueva identidad política ya plenamente griega, aunque orgullosa de su tradición romana. El marco del Mediterráneo oriental, a la vez, se ve agitado por el surgimiento de nuevas corrientes religiosas que, como el Islam, tienen una incidencia clave en los

equilibrios geopolíticos de la época. La historia de las mentalidades en esta época muestra el paso de una sociedad caracterizada por los movimientos espirituales de huida del mundo –como el monacato y los varios ascetismos cristianos surgidos en la Antigüedad tardía– a un mundo en el que la religión pide paso en el terreno de lo real y de la implicación militante de sus acólitos, como se ve en el caso de la duradera controversia iconoclasta.

Un capítulo central se dedica a la época macedónica y a la expansión del Imperio de Oriente entre los siglos IX y XI, lo que con toda justicia puede llamarse la edad de oro del Medievo bizantino. El Imperio, que pasa a ser una potencia media del Mediterráneo, continúa revestido de un profundo capital simbólico que le lleva a procesos expansivos y a seguir desempeñando un papel crucial de mediación cultural. Bajo el gobierno de Basilio I o el de los emperadores militares del siglo X se restauraban en parte las fronteras y el prestigio de Bizancio ante los pueblos limítrofes, que admirarían su modelo político y cultural y no tardarían en imitarlo.

En fin, los tres últimos capítulos tratan el largo proceso histórico del declinar del mundo bizantino, en la esfera política europea, hasta su final en el siglo XV, reducido prácticamente a una reliquia histórica testimonial. Las relaciones con Occidente, con el trasfondo de las Cruzadas y de la toma de Constantinopla en 1204, cambian radicalmente el panorama de la época y la percepción de Bizancio desde fuera y desde dentro. Pese a ello, es de destacar la enorme influencia que ejercerá Bizancio sobre la Europa oriental y la importancia de los lazos comerciales, artísticos y literarios que se refuerzan con el Occi-

dente latino, sobre todo con la península itálica, por ejemplo, y la prodigiosa transferencia cultural de los saberes clásicos que se obrará en esta época en los varios renacimientos bizantinos que producirán el Renacimiento italiano. En ese marco, la última dinastía imperial, la de los Paleólogos, impresionará a Occidente y propiciará un florecimiento cultural sin parangón en su tiempo.

Esta breve historia quiere, ante todo, servir de homenaje a los siglos de Bizancio y a su gran importancia como una cultura única y creativa que sirvió de punto de encuentro y de cruce de caminos, frente a un prejuicio por desgracia demasiado enraizado que considera lo bizantino poco menos que sinónimo de algo decadente, fútil y hueco. Se proporcionan al lector algunas indicaciones ineludibles a la bibliografía clásica y moderna de la bizantinística, en referencias básicas insertas en el texto, bien entendido que se trata sobre todo de una invitación a profundizar en cada tema concreto al que se alude (véanse, por lo demás, Bravo *et al.* 1997 y Jeffreys ed. 2008). El propósito de este libro, en definitiva, no es tanto trazar una historia política y lineal sino una historia cultural y de la mentalidad bizantina, a modo de resumen general, pero con pretensión de rigor histórico. En todo caso, pretende más bien ser una primera aproximación a la historia bizantina y a su rico legado cultural, un paisaje histórico de una comunidad política y espiritual irrepetible que ha dejado una huella profunda en la historia de las ideas en Occidente.

1. La época de Constantino y sus sucesores

Constantino el Grande

Cuando el 11 de noviembre de 330 Constantino inauguró de manera formal la ciudad que habría de inmortalizar su nombre (*Konstantinoupolis*), se abría el fecundo periodo de la historia bizantina, entre la Antigüedad y la Edad Media y Moderna, a la que se dedica este libro. Una fascinante peripecia histórica gracias a la cual perviviría la cultura griega clásica junto con la política y el derecho romanos en la posteridad, mucho más allá de la caída de la ciudad a mediados del siglo xv. La que pronto sería conocida como la «Nueva Roma» (*Nea Rhome*) o la «Segunda Roma» (*Deutera Rhome*) floreció en una línea histórico-cultural que sigue alumbrando al mundo y asombrando a la posteridad. El enorme legado del helenismo y de la Roma imperial se fundía entonces en una síntesis perfecta gracias precisamente a este Imperio de

Oriente, cuya andadura comienza con la fundación de su espléndida capital.

Llamado «el Grande» en la historiografía tradicional, Constantino era hijo del augusto Constancio Cloro y de la cristiana Elena, posteriormente canonizada. Brillante militar y líder carismático, se vio abocado a la acción tras la muerte de su padre en 306, al verse proclamado nuevo emperador por sus legiones. Esta situación le fue enfrentando sucesivamente a distintos rivales –desde Majencio hasta Licinio– para poder obtener la hegemonía en el Estado romano, la cual consiguió en 324.

Primero hubo de batir a Majencio, hijo del antiguo augusto Maximiano, que se había hecho fuerte en Roma y a quien plantó cara en 312 en la batalla del Puente Milvio, en una situación que en principio era muy desventajosa para Constantino. Cuenta la leyenda que, en la víspera de la batalla, Constantino tuvo una visión en la que se le aparecía un símbolo cristiano y una voz le decía *en touto nika*, o, si se quiere, *in hoc signo vinces* ('bajo este estandarte vencerás'). Y así fue. Sobre el episodio hay discrepancias en las fuentes históricas contemporáneas: en su propia época Lactancio habló de una visión, mientras que Eusebio refiere ora una señal al mediodía, ora una simple invocación a Cristo antes de la batalla. Este es, en cualquier caso, el origen de la estrecha relación que se generó entre Imperio y cristianismo, además del nacimiento legendario del estandarte que habrían de llevar los emperadores cristianos de Constantinopla: el lábaro cristiano sustituyó para siempre a las águilas romanas.

Un año después de su victoria en el Puente Milvio, Constantino promulgó, junto a Licinio, el famoso Edicto de Mi-

lán (313), un acuerdo que concedía libertad religiosa a los ciudadanos romanos y ampliaba las libertades que ya había dado su antecesor Galerio en el edicto de Nicomedia (311).

En este edicto se le reconocían a la religión cristiana los mismos derechos que a las otras religiones, juzgándola compatible con el Estado romano, lo que suponía un cambio significativo frente a las persecuciones anteriores: se devolvieron las propiedades, inmuebles y libros confiscados durante las mencionadas persecuciones, se reconoció la personalidad jurídica de la Iglesia cristiana y sus sacerdotes obtenían las exenciones de impuestos y privilegios que tenían los sacerdotes paganos.

Puede detectarse, no obstante, cierto trato de favor hacia el cristianismo a partir de este edicto, sobre todo en lo que concierne al reconocimiento de los tribunales eclesiásticos, cuyas decisiones debían ser refrendadas por el derecho civil. La proliferación de iglesias en Roma, Constantinopla, Jerusalén o Alejandría, ciudades que se convertirían en centros neurálgicos para la expansión del cristianismo a partir de entonces, atestigua estos beneficios de una confesión que, poco a poco, habría de crecer bajo el amparo del Estado hasta convertirse en la religión imperial. Sin embargo, no hay que olvidar que el paganismo era todavía mayoritario entre la población y que, incluso con las subsiguientes prohibiciones y persecuciones que sufriría la religión tradicional, todavía se prolongó la pugna por la supremacía religiosa al menos durante dos siglos más. A ello hay que sumar las controversias religiosas que surgieron continuamente, sobre todo en los siglos IV y V, en el seno del cristianismo, y con las que el poder político tuvo que convivir o lidiar las más de las veces.

Comoquiera que sea, sobre la sinceridad de la «conversión» de Constantino hay dudas tanto en las fuentes antiguas de diversa inclinación –como el historiador pagano Zósimo, acérrimo detractor del emperador, y el cristiano Eusebio de Cesarea, panegirista suyo– como en la crítica moderna. Parte de esta, no en vano, la considera una astuta maniobra destinada a obtener réditos políticos de la nueva y pujante religión (Barceló 2013, 39 ss.).

Constantino tuvo que mantener una ambigüedad calculada, pues no solo la gran masa social del Imperio seguía siendo pagana, sino que el simbolismo imperial –y por ende la autoridad del Estado– continuaba fuertemente arraigado en la tradición del paganismo grecolatino (cf. Jones 1948, Barnes 1984). Tal vez, siguiendo una costumbre inveterada en los emperadores romanos, Constantino había adoptado simplemente a un nuevo dios tutelar, como otros gobernantes habían elegido a Dioniso o Heracles. Pero la diferencia era que Cristo no era una divinidad pagana tradicional bajo cuya protección se situara el emperador y cuya simple asimilación reivindicara, sino el representante de una religión revolucionaria para la sociedad y el Estado tardoantiguos que transformaría radicalmente los conceptos básicos del mundo grecorromano, si bien a partir de una relectura y apropiación de estos. Obviamente, el Dios cristiano, y también el Dios hombre, no podía ser tan fácilmente instrumentalizado, a la manera tradicional, por el emperador, que reclamara su tutela o la identificación con él.

Se trataba, claramente, de un cambio de paradigma, paulatino y profundo, en la dinámica entre poder y religión que se había dado hasta ahora en el Imperio Roma-

no y que en Constantino aún muestra vacilaciones interesantes, restos del viejo sistema e innovaciones propias de la especificidad del cristianismo. Hay que recordar, en todo caso, que el bautismo –por así decir, la auténtica conversión de Constantino– no se produjo antes de la batalla ni tras el edicto, sino solo en su lecho de muerte.

Sea como fuere, además de este apoyo al cristianismo, que marcó indeleblemente no solo su reinado sino el futuro de Europa (Jones 1948), Constantino fue recordado también para siempre, como se ha dicho ya, por su otra gran contribución histórica, de intuición casi visionaria: la fundación de Constantinopla y el radical desplazamiento del centro de gravedad político del Imperio hacia el este (Dagron 1984).

La nueva capital fue inaugurada formalmente el 11 de mayo de 330 –fecha siempre recordada festivamente durante la época bizantina– bajo los auspicios de la nueva religión cristiana, pero a la vez también por la *Tyche* o fortuna, que estaba acuñada en las monedas de su flamante ciudad. Esta ambivalencia como capital de la cristiandad oriental –una Nueva Roma celosa de la primera también en cuanto a la primacía por la religión– y a la par refugio del saber tradicional clásico marcó el devenir histórico y cultural de Constantinopla a la sombra de la gran catedral justiniana de Santa Sofía, ‘la divina sabiduría’, mas siempre al albur de la caprichosa y alada fortuna. El programa iconográfico constantiniano es fiel reflejo de esta combinación de motivos; tal vez el símbolo más llamativo de esta mezcla sea la columna de Constantino, con sus reliquias paganas en un contexto que tendía ya inexorablemente a lo cristiano.

Es posible que Constantino tuviera en mente otras ciudades de la parte oriental cerca de su Naissus natal o de la Nicomedia que le vio crecer, pero al fin, además de la situación estratégica del lugar, seguramente pesó en su elección el simbolismo de la cercanía de Troya, desde donde había partido Eneas, fundador de la Roma eterna e imperial en la épica proaugústea de Virgilio, y adonde, siguiendo el círculo de la historia, habría de regresar el pueblo romano para obtener un nuevo y brillante futuro en una ‘Segunda Roma’. Con el transcurrir de los siglos, cristianismo y tradición clásica se irían amalgamando en la Nueva Roma hasta formar un tríptico basado en el elemento helénico, el cristiano y el romano.

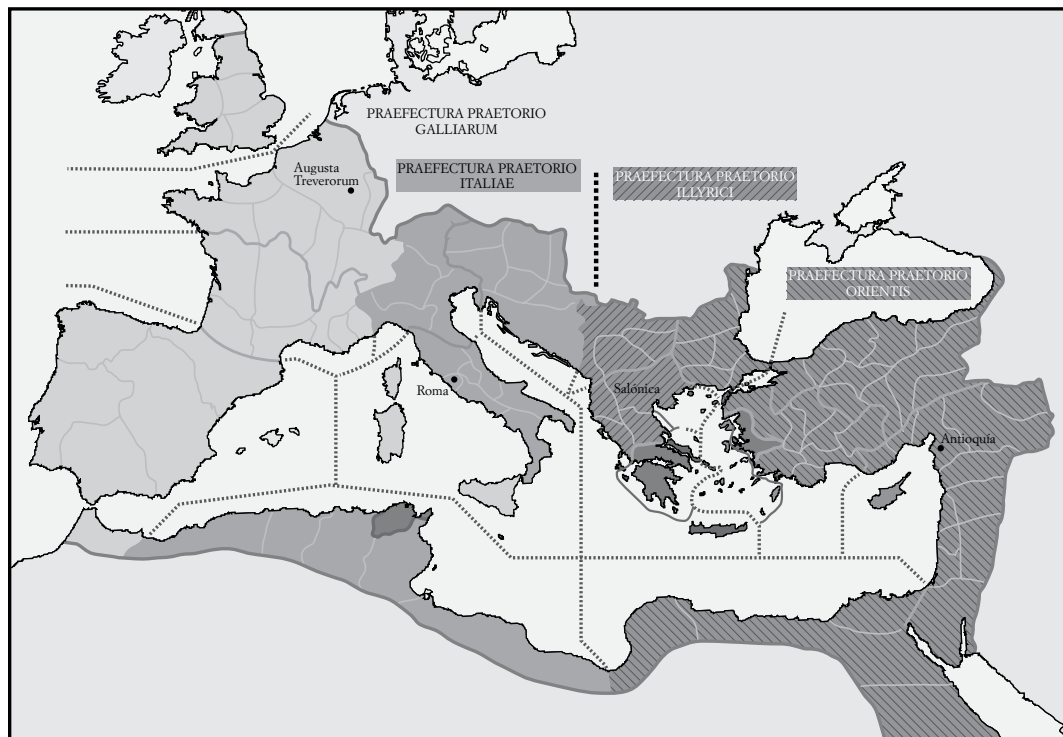
Características del Imperio en la Antigüedad tardía

Además de como fundador de la Nueva Roma, Constantino ha de ser recordado como el gobernante que sentó las bases políticas del Imperio de Oriente y dio origen a su primera dinastía imperial. Sus reformas administrativas, que continuaron las llevadas a cabo por su predecesor Diocleciano, condujeron a una clara división entre ambas partes del Imperio y a una transformación del aparato estatal en una estructura política, militar y burocrática jerarquizada desde la cúspide del poder, ostentado por los dos Augustos y los dos Césares, hasta la multitud de cargos administrativos de prefecturas, provincias, diócesis, ciudades, etc.

Hay quien ve en el llamado Dominado una adopción de modelos helenísticos y orientales en el Imperio que se

basa en una monarquía absoluta y cercana a la idea de lo divino. Hay que decir, no obstante, que Constantino supone una evolución y una cierta superación de la crisis en la que entra el modelo político de la Tetrarquía impuesto por Diocleciano, que va a tender desde entonces a la concentración del poder (sobre las reformas de Diocleciano, cf. Williams 1985, Kolb 1987, Bravo 1991). Esta fuerte impronta se notará en la línea de reformas que instala la nueva capital en territorio oriental, afianza el poder omnímodo del emperador y separa los poderes militar y civil, potenciando una numerosa administración.

La organización burocrática del Estado que legó la reforma diocleciana-constantiniana nos es conocida gracias a la *Notitia Dignitatum* (c. 430), un listado de los máximos cargos civiles y militares, con sus respectivas tareas y dotación (Neira Faleiro 2005). La separación entre lo civil y lo militar que conllevó esta reforma se ejemplifica en varios aspectos que van desde el sistema tetrárquico –y sus consiguientes divisiones de carácter político y administrativo–, el aumento de las provincias y la creación de diócesis hasta la época posconstantiniana. A los más altos magistrados del Imperio, los prefectos del pretorio, se les confiaron tareas exclusivamente civiles y administrativas en el gobierno de las prefecturas de las Galias, Italia, la del Ilírico y la de Oriente. Cada una de ellas estaba a su vez dividida en varias diócesis; en total eran doce, con un vicario a su mando, y cada diócesis se dividía en provincias, a cargo de gobernadores o procónsules. Las excepciones a esta reforma administrativa que se gestó en la época diocleciana-constantiniana fueron Roma y Constantinopla, que estaban regi-



Mapa 2. El Imperio Romano tardoantiguo según la *Notitia Dignitatum* (c. 430)